

Nuevos modelos de ciudad*

Arq. Marco Negrón

En la segunda mitad del siglo pasado, el mundo conoció una profunda revolución que no sólo ocasionó que, a su cierre, la mitad de la población residiera en centros urbanos. También emergieron, sin excepción de continentes, unas 400 ciudades con más de un millón de habitantes. Este fenómeno fue consecuencia de la globalización y el desarrollo de la Nueva Economía. Sin embargo, no condujo –como muchos pensaron– a una era posindustrial o posurbana, sino a un nuevo ciclo de industrialización urbana. Aunque en su conjunto las ciudades consumen 75% de la energía mundial y producen 80% de las emisiones de gases responsables del efecto invernadero, se trata, contrario a lo que piensan algunos beatos del ambientalismo, de un proceso imparable. Su atracción es tan fuerte que, pese a esos problemas, al caos y la inseguridad presentes en muchas de ellas, la dinámica urbana del siglo XXI dejará pálido lo ocurrido en el XX. Si bien es cierto que para el año 2000 Europa, Norte América, América Latina, el Caribe y Oceanía –con 75% de la población viviendo en ciudades– completó la fase más intensa del ciclo de la urbanización, para el futuro no puede esperarse un simple crecimiento vegetativo de sus ciudades, las cuales pudieran llegar a albergar 90% de la población. Por otro lado, Asia y África –que para entonces contaban con apenas 38% de la población viviendo en ciudades– tienen por delante un futuro de masivas migraciones desde el campo, con la peculiaridad de que en el caso asiático, por ejemplo, aquel porcentaje urbano representaba 1.400 millones de habitantes, 200 millones más que la población urbana total de los cuatro continentes más urbanizados. Además, como ya ocurre, la dinámica del proceso hará que buena parte de tales migraciones termine teniendo como destino las ciudades de los países más desarrollados.

El dilema que plantea el futuro en la materia es claro: mientras todo indica que la dinámica de urbanización no se revertirá, si las ciudades siguen creciendo como lo han hecho hasta ahora los problemas ambientales alcanzarán niveles insostenibles. En semejante contexto, solamente sociedades con claras estrategias de urbanización podrán ofrecer respuestas exitosas. Y esas estrategias, hay que repetirlo, no consisten en la contención del crecimiento urbano, que ha demostrado sobradamente su inviabilidad, sino en la innovación profunda en el modelo de ciudad, lo que incluye no sólo las tecnologías sino las formas de organizarla y gobernarla. Un tema imposible de abordar en estas breves líneas pero que podríamos sintetizar en pocas ideas fundamentales:

Tomado de:
revista *Sala de Espera*,
Edición aniversario año 7
agosto 2009 N°. 75.
RIN, C.A. Caracas.

- Debe abandonarse el modelo de ciudad dispersa y de baja densidad por uno compacto, de alta densidad, que minimice el consumo del suelo para actividades urbanas y preserve las tierras agrícolas, bosques y zonas protectoras. Esto permitirá además reducir las distancias no sólo de los viajes de personas y mercancías, sino del tendido de las infraestructuras de servicios, a la vez que promocionará la mezcla social y de usos indispensable en una ciudad justa y eficiente.
- A la vez que se estimula el teletrabajo, debe abandonarse el modelo centrado en el uso del auto privado por otro basado en el transporte colectivo y los desplazamientos peatonales.
- Además de consumidores, las ciudades y sus edificios deben transformarse también en productores de energía, algo perfectamente posible con las tecnologías ya disponibles. En general debe procurarse el establecimiento de metabolismos urbanos circulares, que maximicen el reciclaje al minimizar tanto la demanda de insumos de la naturaleza como la producción de residuos y de emanaciones contaminantes.
- La magnitud de los retos, el enorme potencial humano de las ciudades y la extraordinaria capacidad de innovación tecnológica de la ciencia contemporánea permiten afirmar que, dentro de 25 años, si bien el mundo será más urbano que ahora, las ciudades podrán ser ámbito más favorables para el progreso y bienestar de los hombres. Éstas estarán en condiciones de establecer una nueva y beneficiosa relación con la naturaleza, pero esos objetivos no se alcanzarán indefectiblemente y sin lucha: es indispensable que las ciudades cuenten con altos niveles de autonomía política y financiera, algo a lo que normalmente se resisten los gobiernos nacionales, especialmente los autocráticos.